

iba extinguiéndose, trató de rejuvenecerla, para rejuvenecer también á su nacion, órgano natural del luteranismo. En ninguna parte luteranos y calvinistas se habian odiado como en el seno de Alemania. En la guerra de treinta años, los príncipes luteranos preferian á los calvinistas los católicos. Jamás quisieron, jamás, incluirlos en sus tratos y reconocerlos por sus correligionarios. Pues bien, la casa de Brandeburgo habia pertenecido mas bien al calvinismo que al luteranismo. Y uno de sus príncipes, un descendiente de Federico II, al ver que la religion luterana estaba disuelta, y que disolucion semejante equivalia de suyo á la disolucion del Protestantismo, reunió á calvinistas y á luteranos bajo un mismo símbolo y estableció lo que podríamos llamar una nueva creencia. Como si fuese Papa y Concilio á un mismo tiempo, tomó del antiguo calvinismo los principios y del antiguo luteranismo la liturgia para formar una religion designada con el nombre de religion evangélica é impuesta por la fuerza excesiva y violenta de la monarquía prusiana. No cabe duda que tal monarquía se ha vigorizado con esa mistura lucrativa y política de su nueva religion, pero no cabe duda tampoco de ningun modo que con esa religion se han mostrado una vez mas los caracteres particularistas, familiares, de nacion, de raza, que tiene y conserva el Protestantismo. Así, la filosofía y la teología germánicas, de consuno, lo han descompuesto y triturado con sus críticas. Los dogmas luteranos, que ya no existen allá en las altas cimas sociales, apenas han descendido á las honduras y apenas han penetrado en la conciencia de los pueblos. El luteranismo se ha descompuesto en la patria misma de Lutero. Jena y Tubinga, la union Evangélica, las reacciones ortodoxas de los tiempos de Federico Guillermo IV, el hegelianismo religioso, han servido tan solo para destruir la tradicion luterana y mostrar cómo el espíritu cristiano rebosa del seno de todas las ortodoxias y rompe los límites mas ó menos latos de todas las Iglesias.

Lo mismo, poco mas ó menos, acontece hoy en la protestante Inglaterra. Ninguna religion, ninguna, entre las religiones cristianas, pertenece al Estado como la religion británica. Intereses políticos, voluntariedades régias, pasiones varias, y hasta misterios de alcoba, cambiaron la religion católica en religion denominada con propiedad anglicana, por su carácter exclusiva-

mente insular y británico. Enrique VIII produjo lo que llamaban nuestros clásicos la cisma de Inglaterra, para poner la primacía de su persona sobre la tiara del Papa y sobre la corona de todos los cleros heterodoxos y ortodoxos. En virtud de tal pretension condenó á la última pena dos católicos y dos protestantes, que negaron la supremacía eclesiástica de su régia persona, solo que ahorcó á los protestantes y quemó á los católicos. Tan política resultaba la Iglesia de Inglaterra, que seguia las mismas oscilaciones del Estado. Reinó Enrique VIII, y la Iglesia fué anglicana; reinó Eduardo VI, y la Iglesia fué protestante; reinó María Tudor y la Iglesia volvió á la ortodoxia católica; reinó la hija de Ana Bolena, y la Iglesia recayó de modo inapelable y definitivo en la ortodoxia luterana, conservando siempre cierto carácter propio nacional, y ejerciendo, segun la medida y la exigencia de su propio interés, persecuciones horribles. No quiere decir esto que, dada la complexion propia de las familias anglo-sajonas y el carácter histórico de la nacion inglesa, desconozcamos por manera ninguna, cómo llevaba en sus entrañas naturalmente cierto protestantismo autóctono la patria de Wicleff, ese predecesor de Lutero. No obstante tal reconocimiento, inspirado por nuestro estudio de la historia inglesa, reconozcamos también, á nuestra vez, cómo ha ejercido la monarquía un pontificado mas ó menos tenue y mas ó menos legítimo en la Iglesia nacional. Este pontificado no ha impedido, á pesar de su fuerza, que trajera el exámen libre, propio criterio del Protestantismo, la riquísima variedad natural de sectas y de ideas. La nacion mas mercantil, y por ende, mas utilitaria y positiva del mundo, aquella que tiene por criterio científico la experiencia y por campo de actividad la naturaleza, tierra esencialmente práctica tanto en sus instituciones como en su filosofía, patria del materialismo moderno; que ha dado con sus geólogos, con sus naturalistas, y hasta con sus metafísicos, la idea de la universal evolucion, esa Inglaterra de naves y factorías, resulta la nacion de mas sectas religiosas y de mas apego á lo supra-natural y supra-sensible, embargadas todas sus potencias con el problema, siempre planteado y nunca resuelto, de los grandes misterios y de las sublimes inspiraciones. Paris, ciudad indudablemente de menos espíritu religioso que Lóndres, consagra un lugar al culto para cada diez y siete mil habitantes; mientras Lóndres tiene un lugar de culto con-

sagrado para cada dos mil habitantes. No hay espectáculo tan curioso en la tierra como el espectáculo de un domingo londonense. Las puertas de los almacenes se cierran; el reparto de los correos se suspende; la circulacion de coches particulares se amengua; las familias se recluyen dentro de sus casas ó van á los oficios divinos con recogimiento verdadero; la Biblia se abre y se cierra el piano; las calles del comercio caen todas en profundísimo silencio como si estuvieran inhabitadas; y con tal reposo, con tal suspension del trabajo y del cambio indispensables á semejante sociedad, como el movimiento de la sangre á nuestro cuerpo, reanímase con llamaradas parecidas á las lenguas ardientes del Espíritu divino, la conciencia de aquella gran metrópoli universal; y aquí, entre las tumbas y las estatuas funerales de Westminster, suenan melodías como exhaladas de séres sobrenaturales invisibles y perdidos cual mudas plegarias en las líneas de los arcos y en los rosetones de las ojivas; y allí, los adscritos á la liturgia episcopal, ostentan bajo romanas bóvedas, trasuntos de San Pedro, todo el aparatoso lujo de un ritualismo semejante á los últimos arreboles de la idea católica; en tal desnuda sala, el Verbo celestial en sermones místicos se manifiesta y encarna, penetrando hasta el seno de conciencias libres, que solo admiten las revelaciones de la palabra y el culto abstracto del espíritu; y en tal otra oficina de magnetizador, un epiléptico, medio demente, por cuyos labios asoman espumas de hiel, y cuyo pecho exhala roncacos chillidos, profetiza lo porvenir, entre los salmos y aleluyas de un auditorio trémulo, como si cada idea incoherente descargara una eléctrica corriente por sus nervios; y en un circo, los saltadores dicen fórmulas sibilinas, como aquellas con que los visionarios orientales fascinan y amansan las serpientes; y en bodegas todavía ocupadas por barriles llenos, y mas húmedas y mas siniestras que las antiguas catacumbas, un espiritista evoca el númen de Platon bajo los árboles del jardin de Academo y las últimas palabras de Cristo en las tempestuosas cimas del Calvario; y en este inmenso tabernáculo, jóvenes de ambos sexos, vestidos con las blancas túnicas de los antiguos catecúmenos, y que creierais mártires del primitivo Cristianismo, por su actitud recogida, sumérgense á una en el agua lustral, arrodíllanse para tomar la comunión cristiana y cambian besos purísimos de caridad y de amor enteramente místicos; y entre las cuatro paredes de un

desierto y desolado templo, creyentes extáticos aguardan la visita del Paracleto y sienten su soplo creador, que ha encendido los astros, derramarse por sus venas y encenderlas en sobrenatural amor, mientras, á la entrada, por todas las calles, en los sitios mas públicos, en las encrucijadas mas concurridas, predicadores al aire libre, apóstoles improvisados, taumaturgos, á veces, de taberna, propagan toda clase de dogmas, con tal entusiasmo y tanta exaltacion, que creierais á Lóndres, la ciudad del Dock, del Banco, del Crédito, la Capital del comercio, una Jerusalem ó Alejandría, sentada á orillas del Cedron ó á orillas del Nilo, y no á orillas del Támesis, engendrando, bajo las palmas del desierto y bajo los terebintos del Profeta, en templos misteriosos, nuevos dogmas para la humanidad poseida por amor inextinguible á las eternas teogonías. Scott, en el capítulo vigésimosexto de su obra titulada «Inglaterra», nos trae anuncios de las diferentes sectas esparcidas por Lóndres, anuncios auténticos, trasladados á su concienzuda obra de los periódicos diarios. Así veis, Iglesias ritualistas, conformistas, latitudinarias, presbiterianas, metodistas, luteranas, calvinistas, anglicanas, puseistas, populares, temperantes, progresivas, y de mil otras denominaciones diversas, que prueban cómo se ha roto en mil pedazos la unidad espiritual de la protestante Inglaterra, impuesta en otros dias por las fuerzas coercitivas de un Estado imperioso.

Verdaderamente curiosa la descomposicion del Protestantismo burocrático y oficial en la Gran Bretaña. No se ha establecido todavía con vigor en tiempo de Eduardo VI, cuando ha visto entrar en su seno la herejía, que niega el dogma trinitario, y con el dogma trinitario, la tradicional divinidad de Cristo. El célebre Ochino, fraile de Siena, llevó á Lóndres la herejía sociniana. Pues años mas tarde, la secta holandesa conocida con el nombre de Arminia, rechaza, primero el dogma protestante de la predestinacion, y luego la igualdad consustancial de las tres Personas divinas. Un capellan de la embajada inglesa, John Hales, trasportó el espíritu arminio á Inglaterra, despues de haber mandado, como decia él, á pasear á Calvino, y de haber establecido aquella latitud amplísima de interpretacion, que ha dado nombre tan gráfico á su secta. En esta secta se alimentó á su niñez la escuela fundadora del Protestantismo liberal. Taylor la impulsó mucho, despertando segura

confianza en el criterio y en el testimonio de la razón. Así, las sectas, que rompían la ortodoxia y la tradición verdaderamente anglicanas, multiplicábanse por todas partes con increíble multiplicidad. Los presbiterianos proponían la supresión del episcopado y de la liturgia. Los independientes separaban las Iglesias de todo Estado, concediéndoles interior autonomía. Los kuáqueros derogaban todo privilegio eclesiástico para dejar grande amplitud á la individual inspiración, como sucedía á las antiguas Iglesias apostólicas. Tomás Edwards contaba en tiempo de la revolución ciento setenta y seis sectas heréticas diversas. No debía la ciencia favorecer mucho la unidad protestante. Bacon, separaba los dogmas religiosos de las ideas filosóficas. Locke, mantenía un Cristianismo racional. Chegeorli, fundaba su escuela puramente deísta. Hume, hacía del Universo una ilusión fantasmagórica del cerebro. Wesleyse, fundaba el metodismo. Coleridge, admitiendo la distinción de Kant, esa distinción entre la inteligencia, facultad de las nociones, y la razón, facultad de las ideas, restauraba un Cristianismo, aunque por su fondo idealista, por sus tendencias tan racional y tan humano como el Cristianismo de Locke y de Bacon. La verdad es, que todos estos sectarios últimos, que conciliaban la filosofía germánica y la tradición cristiana, como conciliara Santo Tomás el Catolicismo con el Aristotelismo, tienen el mérito de haber hecho sobrehumanos esfuerzos para impedir un divorcio sacrílego, el divorcio entre la razón y el Cristianismo.

Un mismo fenómeno se observa en Alemania é Inglaterra, después de la interior descomposición que ha tenido el Protestantismo. Este fenómeno es la institución de una filosofía independiente del dogma, y aun al dogma completamente contraria. En Alemania, las escuelas extremas del Protestantismo, como la escuela de Lessing, combatían de tal manera la tradición católica y ortodoxa, que no se daban cuenta de cómo, al probar, ó tratar de probar, que hasta los tiempos de Lutero, desde los tiempos apostólicos, toda revelación pecaba de artificial y fantasmagórica, realmente combatían en su fondo el Cristianismo entero y lo relegaban al triste rango de las supersticiones fantásticas.

No se puede, no, descomponer dentro de sí misma una idea tan grande como la idea teológica, sin que venga de suyo á sustituirla otra idea tan

grande como la idea científica. Los primeros filósofos griegos trataron de contener sus principios en la simbólica del Paganismo. Tras los dioses de mármol centelleaban los resplandores de las ideas filosóficas. Aquella fué la edad de paz entre la religión y la ciencia. Tales, Pitágoras, parecían, mas que oráculos de la razón humana, oráculos de la divinidad y sus múltiples personificaciones. Pero, al separarse la conciencia de la religión, al dividirse el espíritu y el Estado, al proclamar un hombre como Sócrates el oráculo divino de la humana conciencia, este divorcio de la filosofía y de la religión, estaba llamado á traer dogmas nuevos, destructores del Paganismo, y con el Paganismo, de las sociedades antiguas. Con seguro presentimiento lo comprendieron así aquellos estadistas, como los treinta tiranos griegos; aquellos poetas populares, tan atenienses, como Aristófanes; aquellos oradores como Símmaco; aquellos Césares como Juliano; quienes opusieron resistencia invencible, primeramente á la filosofía y á la moral de Sócrates y luego á la conclusión y corolario último de esta filosofía y esta moral, á la teología y á la ley de Cristo.

Pues bien, así en Alemania como en Inglaterra, el Protestantismo ha engendrado, durante nuestro mismo siglo, dos grandes filosofías, que resueltamente lo contradicen y lo niegan. Para el hegelianismo, que hace partir toda la vida, con sus desarrollos, de la idea pura; el Cristianismo no aparece sino como un término dialéctico en la serie del movimiento universal y eterno. Y así como la filosofía hegeliana hizo del Cristianismo un término de la idea, tan importante, después de todo, para el espíritu humano como el vedismo, como el budismo, como el mazdeismo, como el judaísmo, como el paganismo, como el helenismo, como el latinismo, como el germanismo; la filosofía de la evolución inglesa, filosofía, cuyos principios privan hoy mucho en el favor universal, combate resuelta y definitivamente la idea cristiana, como si fuese cualquiera otra vieja y gastada superstición teológica. Ese Darwin, á quien los anglicanos acaban de sepultar bajo las bóvedas sublimes de su primer catedral, y que hace derivar todas las especies de un embrión único por medio de la selección natural, que decreta el preciado lauro de la victoria necesariamente á los fuertes sobre los débiles en el eterno combate por la vida; ese Spencer, quien, proclamando el principio de la permanencia

eterna de la fuerza, lo desarrolla luego en evoluciones incesantes, sin término y sin fin, cometa mas amenazador á la idea cristiana que todo el hegelianismo germánico; ese Lewes, para quien la psicología, toda entera, se reduce á una simple fisiología, y la moral á una higiene, y el pensamiento á una secrecion del cerebro, secrecion, que debe destruir metafísicas y religiones, como si fueran grandes telarañas, en cuyos pliegues oscuros se halla prendida, como una mosca, la verdad; todos esos pensadores sin exceptuar á Mill, admirador del positivismo, esa teoría, negativa de todos los principios trascendentales; todos esos pensadores, sin excepcion alguna, concluyen por descomponer el Cristianismo británico de igual suerte que los filósofos antiguos descompusieron á una con sus sistemas varios, el Paganismo heleno y el Paganismo romano.

Sin embargo, esa ciencia, con todo su poder, con toda su fuerza, con el esplendor que le presta la copia riquísima de sus ideas, no puede sustituir, no, lo mismo que trata de derribar. Spencer lo confiesa paladinamente, cuando dice que su primer principio de la fuerza y de la energía se halla envuelto en misterios tan oscuros como el primer principio creador, que anima y preside á todo el Universo. Despues que hayais demostrado la unidad química de la materia y la hayais reducido á oxígeno puro en su esencia; despues que hayais visto la inmanente perpetuidad de la fuerza y hayais sacado de ella el movimiento, el calor, el magnetismo, el éter; despues que hayais mostrado cómo todas las estrellas provienen de la primera nebulosa difusa en la inmensidad de lo infinito que por todas partes nos penetra; despues que hayais podido comprobar cómo el dolor y la muerte se dilatan hasta donde se dilata el hombre y la vida; despues que hayais retrasado millones y millones de siglos los orígenes de nuestro planeta, no habreis podido, no, destruir el sentimiento religioso que permanecerá tan fuerte, intenso y puro, como despues que Copérnico redujo nuestro planeta, centro del Universo en los conceptos antiguos, á mero satélite del sol; como despues que Galileo probó con el péndulo en la mano el movimiento triunfal de la tierra por los espacios; como despues que Newton explicó la gravedad universal: que, segun se dilatan los horizontes de la ciencia, crece la idea de Dios en los profundos senos del alma y necesariamente se impone una religion universal.

VI

No puede negarse que así como el luteranismo ha engendrado las Iglesias oficiales, tanto aristocráticas como tambien monárquicas, en Alemania é Inglaterra; el calvinismo ha engendrado las Iglesias republicanas de Holanda, Suiza, Escocia y los Estados Unidos. Calvino influyó en Knox de un modo soberano; Knox influyó en Escocia; Escocia influyó en Inglaterra; é Inglaterra, bajo el ideal de estos dogmas, conocidos con el nombre de dogmas puritanos ó presbiterianos, fundó su fugaz República de Cromwell, la cual, una vez concluida y terminada, emigró con los peregrinos, trasportados en la *Flor de Mayo*, á las tierras de América, implantando allí, aquellas instituciones progresivas, todas las consecuencias naturales del gran movimiento democrático cristiano, que parecia extinto en la hoguera de Savonarola, donde creyó consumirlo para siempre la ciega imprevision de los Pontífices. Hemos reconocido como uno de los caracteres del Protestantismo británico ahora la descomposicion interior, por virtud y eficacia del pensamiento libre individual, en sectas innumerables y múltiples; pues, aunque las Iglesias presbiterianas aparenten mas rigor dogmático y religioso que las otras Iglesias protestantes, no puede, no, desconocerse cómo abren, por su propia naturaleza é índole íntima, vado, mayor aun, á la libertad del pensamiento. Aquella Iglesia episcopal británica, tan fuerte de suyo por su organizacion y por su historia; tan rica en copia de bienes, donativo de la nueva monarquía cuasi eclesiástica fundada por Enrique VIII; con sus dos grandes jefes, cuyas rentas recuerdan las rentas antiguas de los Arzobispos toledanos; con tanto poder y tanto prestigio; no ha podido impedir la division del clero político y oficial en Iglesia baja y alta; en ritualismo, que frisa con la liturgia católica, y en unitarismo que frisa con las escuelas racionalistas; no ha podido preservarse de que unos fieles vayan á Canossa en busca de un retroceso romántico, mientras otros fieles, por la grande latitud de sus interpretaciones, al cristianismo liberal y progresivo; no ha podido impedir que los metodistas fundaran nueva clerecía como los bastistas, con presupuesto cuantiosísimo y legiones de misioneros, las cuales dan á tal congregacion religiosa y á sus semejantes el aspecto de una sociedad organizada con su Estado propio; no ha podido